**Definición tripartita**

Hace 2.400 años, **Platón** estableció una **definición sobre el *conocimiento*** que ha perdurado hasta nuestros días sin apenas cuestionarse. En el Teeteto afirma que el conocimiento consiste en una **“creencia verdadera y justificada”**, lo que ha pasado a la historia como definición tripartita del saber:

TEETETO – *Estoy pensando ahora, Sócrates, en algo que le oí decir a una persona y que se me había olvidado. Afirmaba que la* ***opinión verdadera*** *acompañada de una* ***explicación*** *es saber y que la opinión que carece de explicación queda fuera del saber. (Teeteto 201c-201d).*

Y, más adelante:

*SÓCRATES – De manera que cuando uno adquiere acerca de algo una opinión verdadera, el alma alcanza la verdad sobre el punto de que se trate, pero no llega al conocimiento del mismo. Efectivamente, quien no puede dar y recibir una explicación de algo carece de saber respecto de ello. Sin embargo, si alcanza una explicación, todo esto le es posible hasta lograr la plena posesión del saber.* (Teeteto, 202b-202c).

Desde ese momento la definición platónica funcionó como una referencia incontestable en las discusiones epistemológicas. Su definición del conocimiento conjugaba tres evidencias tan indemostrables como incontestables: el conocimiento de que algo es el caso presupone una actividad cognitiva del sujeto cognoscente (“creencia”) basada en la real adecuación del contenido de esa cognición con la realidad (“verdadera”) y capaz de dar una explicación de por qué existe tal adecuación (“justificada”)

En su forma lógica, como gusta a los filósofos de hoy en día que se dedican a estas cuestiones, se establece que **el sujeto S conoce la proposición P si y solo si:**

* P es verdadera.
* S cree que P.
* S está justificado en creer que P.

Es decir: para poder afirmar que conocemos algo, ese algo debe ser verdadero, debemos creer ese algo y debemos estar justificados en creer ese algo. Por ejemplo, cuando digo que sé que el cielo está nublado es porque está nublado, creo que lo está, y tengo la evidencia, porque lo estoy viendo, de que es así.. Y si decimos que Juan conoce la proposición **P: “La tierra gira alrededor del Sol”**, lo que queremos decir es que P es verdadera, que Juan la cree, y que además está justificado en creer que esto es así por todos los libros astronómicos que se ha leído. .

Si reflexionamos un momento al respecto, veremos que las tres condiciones parecen bastante razonables y necesarias para que haya saber. Intuitivamente, jamás diríamos que podemos tener conocimiento sobre cosas falsas. Si Pepe nos dice “yo sé que el coche es azul” cuando nosotros sabemos que es en realidad rojo, no diremos que Pepe sabe de qué color es el coche, sino que tiene una creencia falsa sobre él. A su vez, siempre que conocemos algo, creemos ese algo. Resultaría muy extraño y contradictorio afirmar algo del estilo “yo sé que el coche es rojo, pero creo que es azul”.

Hasta aquí, ningún filósofo que yo conozca y acepte la posibilidad del conocimiento pone en duda que aquello que llamamos saber deba ser, como mínimo, una *creencia verdadera*.

Platón añade, sin embargo, la **condición de la justificación**. También parece razonable y necesaria. Pensemos en el siguiente caso. María profiere la proposición P: “mañana me tocará lotería”. Llega el sorteo y resulta que sale su número. P es verdadera, y además María creía que le iba a tocar. Pero no diríamos que María *sabía* que iba a salir su número, sino que ha tenido suerte. Precisamente, porque no tenía ninguna *justificación* para creer tal cosa.

La cláusula de la justificación cumple varias funciones: **primero**, descarta el conocimiento “por azar”, como sucede en el caso de María; **segundo**, conecta de alguna manera el mundo –condición 1- con nuestra mente –condición 2-; **tercero**, cumple una función *explicativa*, esto es, da razones sobre por qué la adecuación mundo-creencia es así. Fijémonos que, precisamente, cuando queremos conocer algo, aún aceptándolo como verdadero y creyéndolo, lo que hacemos es preguntar el porqué, es decir, demandar la cláusula de la justificación. Uno puede aceptar que el espacio es curvo y creer que es así, pero si quiere realmente conocer que el espacio es curvo demandará que le expliquen la teoría de la Relatividad.

Pues bien, estas tres condiciones pretenden ser **condiciones necesarias y suficientes** para que haya conocimiento. Necesarias, porque se necesitan las tres, y suficientes, porque no hacen falta más. Por tanto, siempre que una P sea verdadera, un S crea que P y esté además justificado en creer que P, podremos afirmar, en principio, que S conoce P.

**II. Contraejemplos**

**Se exponen ahora cuatro contraejemplos** a la definición tripartita del saber. El primero es una adaptación de un ejemplo propuesto por **Russell** (1912), los dos siguientes son los propuestos por **Gettier**, y el último es un caso presentado por **Chisholm** (1966) –el más comprensible, en mi opinión-. **En los cuatro casos veremos creencias verdaderas y justificadas que intuitivamente no pensamos que constituyan conocimiento**, fallando, por tanto, la definición tripartita del saber.

**El reloj de Russell**

Supongamos un sujeto S que antes de salir de casa mira un reloj de pared que marca las 11 a.m. Sin embargo, resulta que el reloj se ha parado justamente a esa hora y además que el momento en que S lo mira coincide con las 11 a.m. reales. Por tanto, es verdad que son las 11 a.m., S cree que lo son y tiene justificación para creerlo, porque los relojes normalmente proporcionan creencias verdaderas sobre la hora. No obstante, intuitivamente diríamos que S no conoce qué hora es, porque el reloj de pared estaba parado y ha sido por azar que ha coincidido con la hora real.

**El trabajo de Smith**

Supongamos que Smith y Jones optan a un trabajo. Sin embargo, el jefe de la empresa le ha dicho a Smith que seguramente el trabajo lo conseguirá Jones. Además, durante el desayuno, Smith ha podido ver que Jones guardaba diez monedas en su bolsillo. Por tanto, Smith se forma la creencia justificada

 P(1): “Jones conseguirá el trabajo y tiene diez monedas en el bolsillo”.

De esta creencia, Smith deduce lógicamente

 P(2): “El hombre que obtendrá el trabajo tiene diez monedas en su bolsillo”.

 Entonces resulta que el trabajo se lo lleva finalmente Smith, y al mirarse los bolsillos ve que, por casualidad, tiene exactamente diez monedas. Así, P(2) es verdadera, Smith creía P(2) y estaba justificado en creer P(2), pero no diríamos que Smith *conoce* P(2).

**Brown en Barcelona**

Supongamos que Smith tiene un amigo llamado Jones y que tiene fuerte evidencia para creer que

 P(1): “Jones tiene un Ford” (por ejemplo, porque sabe que Jones se lo acaba de comprar y han ido a dar una vuelta con él).

 Smith a su vez tiene un amigo llamado Brown, pero del que desconoce su paradero. De ambos casos Smith infiere la creencia

 P(2): “O bien Jones tiene un Ford, o Brown está en Barcelona” (en vez de Barcelona podría haberse puesto cualquier destino, puesto que Smith desconoce el paradero de Brown).

Ahora bien, resulta que Jones ha vendido el coche al llegarle una cuantiosa oferta, y a su vez, por casualidad, Brown efectivamente está en Barcelona. En este caso, P(2) es verdadera (porque Brown está en Barcelona), Smith cree P(2) y está justificado en creer P(2) (ya que la ha inferido correctamente en base a P(1)), pero no diríamos que Smith *conoce* P(2).

**La oveja en el campo**

Supongamos un sujeto S que está en el campo y a lo lejos ve una oveja (la vista se considera normalmente un buen mecanismo de justificación). Se forma, por tanto, la creencia justificada P: “Hay una oveja en el campo”. Ahora bien, resulta que esa oveja es en realidad un perro disfrazado magistralmente para hacerse pasar por oveja. A su vez, resulta que al lado del perro hay un agujero que S no puede apreciar desde su posición dentro del cual hay una oveja real. Por lo tanto, P es verdadera (debido a la oveja del agujero), S cree que P y está justificado en creer que P. Sin embargo, no diríamos que S *conoce* que “hay una oveja en el campo”.

****

Estos contraejemplos pueden parecer construcciones lógicas irreales, situaciones llevadas hasta un extremo que crean más extrañeza que comprensión. Lo cierto es que algo de ello tienen. Pero muestran situaciones posibles, y por tanto, que la definición de Platón no es suficiente para establecer qué es el conocimiento. Ello no implica, sin embargo, que tal definición no funcione en la gran mayoría de los casos. Pero si pretendemos ser estrictos y alcanzar una definición última y sin fisuras sobre el conocimiento, deberemos buscar en otro lugar.

**La predicción de los aymara**

“De acuerdo con una costumbre ancestral en algunas comunidades de la zona andina los indios aymara predicen la calidad de la cosecha próxima mediante un curioso sistema. A finales de junio suben a las montañas para observar un cúmulo de estrellas, las Pléyades. Están convencidos de que según aparezcan las estrellas se puede pronosticar aproximadamente si la época lluviosa va a retrasarse, así como la cantidad de precipitación que traerá (la época lluviosa abarca más o menos de octubre a marzo). Cuando al hacerse de día pueden verse con nitidez un buen número de las estrellas que integran el grupo, lloverá pronto y en abundancia, y la cosecha será buena. Si se ven pocas estrellas (seis o siete), y su brillo es tenue y borroso, las lluvias llegarán tarde y de forma irregular, lo que obliga a demorar la siembra y asegura una cosecha menor. Recientemente un equipo de científicos ha investigado la base de tal superstición. Los registros de predicciones pasadas reflejan una alta tasa de aciertos. Los científicos han encontrado una correlación entre el aspecto que presentan las estrellas y los episodios del Niño, ya que la presencia del Niño provoca efectos meteorológicos que afectan al brillo aparente con que aparecen las Pléyades (variaciones en el contenido atmosférico del vapor de agua, turbulencias atmosféricas y presencia de tenues nubes a gran altitud que provocan la dispersión de la luz). Los años del Niño, por otra parte, son más secos en el altiplano andino, y las cosechas son peores (Orlove *et al. 2004)*”*.*

Los aymara creen que el procedimiento que ellos emplean es fiable, y de hecho lo es. Pero pese a eso, no está nada claro que su creencia esté justificada. Según cuentan los científicos, a los aymara les resulta natural asociar la “lozanía” de las estrellas con la fertilidad de la tierra. Esta analogía no es, desde luego, una razón de peso para confiar en el éxito de la próxima cosecha. No obstante, cabe suponer que los aymara se basan también en el éxito obtenido en ocasiones anteriores. Tal vez la analogía les sirve ahora para explicar de modo coherente con su concepción del mundo por qué el procedimiento es fiable. En cualquier caso, un episodio como este sí que plantea la necesidad de una cláusula adicional que haga referencia a las creencias que el sujeto tenga sobre la fiabilidad de los procesos que les llevan a generar su creencia, con independencia del éxito que éstos puedan tener.